

# AMÉRICA LATINA EN LA TRADICIÓN UNIVERSAL

Alberto Silva

## Introducción

Considero un honor haberle dirigido la palabra a un auditorio tan especial como el de CANELA, en mayo de 1997. ¡CANELA, una de las pocas asociaciones de hispanistas extranjeros que conozco cuya lengua de comunicación es precisamente el español!

El tema escogido me parecía difícil, más allá de su aparente facilidad. Porque entre los presentes había académicos latinoamericanos o con experiencia en América Latina (en adelante: AL). Y porque yo mismo (que desde hace muchos años me ocupo profesionalmente del tema) declaré desde el inicio no disponer de esas afirmaciones simples y en apariencia evidentes que dan tanto brillo y fascinación a una conferencia.

Sintiéndome muy en confianza entre ustedes, iba decidido a no sacar conejos del sombrero y a no contarles historias maravillosas. Y, además, mi intención fue en todo momento no embanderarme con la leyenda negra, mucho menos con la rosa.

Pensando en mis motivaciones de aquel momento, deseo ahora agregar otra cosa: no es que yo dude sobre si soy o no latinoamericano: inevitablemente lo soy y ¡a mucha honra! Tampoco sucede que todo sea oscuro, o enigmático, o discutible, sobre la personalidad de AL. Acontece, más bien, lo contrario: AL es uno de esos temas que todos creemos conocer, que sin duda todos conocemos en parte... pero que en muchísimas ocasiones ha sido manipulado, manoseado, sobado.

Y sucede también que algunas de las cosas que habitualmente se afirman sobre AL no me gustan, o al menos no me parecen acertadas. Detesto especialmente las visiones unilaterales y simplistas sobre AL. Daré algunos ejemplos de lo que quiero expresar:

— Para algunos observadores, AL es un continente mono-racial. La mayoría sólo ve allí indígenas de tarjeta postal, eso de sobra lo sabemos... aunque también siempre ha existido una minoría (desde Sarmiento a Vargas Llosa) que sorprendentemente sólo ve prístinos blancos (o desearía que al final acabaran siendo todos blancos los

habitantes de nuestro continente). La realidad va, a mi juicio, en una dirección diferente a la que pretenden imponer esos falsos indigenistas y esos detestables blanquistas: el hecho básico, masivo, de AL me parece ser el mestizaje, tema que abordaré más tarde con algún detalle.

— Para muchos otros, AL podría ser definida sobre todo como la víctima propiciatoria de perversos designios exteriores: lo real de nuestra identidad sería antes que nada ese destino aciago al que, con tozuda continuidad, se alude desde el siglo XVI hasta nuestros días, llámesele leyenda negra, colonialismo inglés o imperialismo norteamericano. Con respecto a los temas políticos, y sin desmedro de dominaciones exteriores, también estamos ante otro hecho incontrovertible, históricamente fundacional, y que conviene no olvidar: si el factor colonialista (innegable, por donde se mire) ha pesado tanto en AL, ha sido precisamente por la sempiterna alianza que con las naciones exteriores han practicado nuestras minorías locales (aquellas llamadas oligarquías criollas) en su constante afán de lucro y rapiña, con consecuencias lamentables de explotación sostenida sobre los más débiles y pobres.

— Completaré esta lista urgente de unilateralidades: no faltan aquellos para quienes AL constituye el modelo mismo del continente surrealista (o sea, más allá de toda realidad, hecho básica y casi únicamente de festiva e imprevisora imaginación). Poblada por salvajes buenos, pero salvajes al fin. Quizá producto fatal de la geografía y del clima, pero en todo caso lleno de excentricidades naturales y de despropósitos vocacionales, confundiendo permanentemente la objetividad con la ficción, la anécdota histórica y la reconstrucción literaria del afamado “realismo fantástico”. Por supuesto que AL me parece inagotablemente maravillosa, para qué negarlo: su música prodigiosa, la truculenta atracción de sus situaciones políticas que alimentaron varias de las mejores novelas de nuestro siglo, la genialidad del fútbol y la belleza de esas negrazas y de esos mulatones que nos hacen soñar que todo el año es carnaval... Pero, en muchísimos momentos, la realidad de AL también es la insultante fealdad de esos cuerpos derrotados por el trabajo oprimente, o mal amputados en ausencia de buena cirugía, o avejentados y deformes por las malas condiciones de vida. La pobreza es fea y nada fantástica, aunque a veces parecemos olvidarlo.

¿Con cuál definición de AL quedarnos entonces?

Todas estas visiones que acabo de recordar tienen algo de cierto. Nunca nada es falso al 100%. Pero a juicio mío todas fallan al ser simplistas, unilaterales.

Las mismas universidades están llenas de simplismos sobre AL. Y ya se sabe: cuando hasta los académicos caen en la unilateralidad, los políticos (que abrevan en las aulas más de lo que confiesan) acaban concibiendo y cometiendo muchas injusticias... incluso con las mejores intenciones.

La AL que deseo describir en esta ocasión la podría tal vez sintetizar con el rasgo opuesto al de las mencionadas simplificaciones. Si tuviera que definirla, diría que AL es algo así como un mundo nuevo, un receptáculo vacío en el que se han ido depositando muchos rasgos de diferentes tradiciones culturales, precolombinas, europeas y extra europeas. AL me parece entonces básicamente compleja: racialmente, culturalmente, institucionalmente. Intentaré explicarme.

### I. Complejidad racial y continuas migraciones

Es muy sabido que en el momento de la conquista por parte de España, a la población indígena local (ab-origen), se le agregó el contingente blanco y el negro. Esta explicación *standard* es correcta, pero a condición de recordar una serie de puntos que la matizan.

— El primer punto es que la población originaria de AL no hacía muchísimo tiempo que había llegado: AL fue el último continente en ser poblado, tras lentas y laboriosas migraciones a través de la estepa siberiana, las Aleutianas y todo el continente Norteamericano (la hipótesis del viaje marítimo no pasa de incierta conjetura). La historia de México, por ejemplo, nos muestra lo relativamente reciente de su población (si la comparamos con la de Asia e incluso con la de África). Los comentarios de Cortés, de Bernal y de otros cronistas van en la misma dirección, aunque sacando las conclusiones políticas de dicha población reciente: las etnias preexistentes carecían de la estratificación interna y de la jerarquía de relaciones entre pueblos indígenas que hubiese permitido percibir al español como al enemigo principal y común, uniéndose en consecuencia todos para expulsarlo.

— El segundo matiz a introducir es que la población negra (aunque todavía consistente en un pequeño número) ya convivía con los blancos en España antes del descubrimiento, cumpliendo funciones de servidumbre (lo nuevo para los negros sería, años más tarde, la esclavitud de la plantación).

— La tercera matización es que los blancos que se desplazaron desde Europa a América ostentaban muy diversos orígenes (aunque todos aparentaran ser

españoles, o asimilados, para poder trepar a las embarcaciones): naturalmente no faltaron los españoles (castellanos, extremeños, bilbaínos, luego andaluces, canarios...), pero también menudearon los portugueses y luego italianos y franceses.

¿Qué significan estos comentarios? Que si fusión racial tenía que haber, desde el principio ésta había de ser de una gran complejidad sanguínea y con un gran sentimiento de igualdad en la pertenencia al Nuevo Mundo por parte de todos los implicados, más allá de su origen.

Y, por cierto, el mestizaje racial no tardó en aparecer, en el cruce de dos factores bien distintos: la situación práctica de hombres que cruzaron el charco sin familia y que necesitaban reconstituir su mundo personal; la actitud abierta y tolerante de la Iglesia católica ante los cruces raciales. Estos dos hechos distinguen claramente a la colonización española de AL con respecto de la inglesa en Norteamérica, por utilizar otro ejemplo clásico. Y se me ocurre que la comparación corre con ventaja en nuestro caso, al menos como germen para obviar los intensos conflictos raciales que han asolado a nuestro vecino del norte desde su independencia misma.

Con un material humano tan rico y diverso, durante los siglos XVI, XVII y XVIII surgieron en AL nuevas aleaciones, en forma de "mestizos" (indio-blanco), "mulatos" (negro-blanco), "zambos" (negro-indio) y "castas" (tercerones, cuarterones, etc, con procedencias ya mezcladas).

Pasó el tiempo. Llegaron el siglo XIX y la llamada independencia. Y con ellos llegaron igualmente oleadas crecientes de nuevas migraciones. Durante los inicios de la revolución industrial, todas las graves crisis europeas provocaron intensas migraciones hacia AL: italianos, griegos, alemanes, judíos... sin olvidarnos por descontado de los españoles, muchos de los cuales desde el siglo XVI ya tenían un pie en cada orilla.

Durante un período de aproximadamente 120 años, las migraciones hacia AL se transformaron en un fenómeno masivo. Y como las condiciones seguían siendo favorables para el mestizaje (para lo bueno y para lo malo, ¡resulta increíble la continuidad de muchos procesos sociales en AL!), se siguieron produciendo mezclas, sólo que esta vez se efectuaban (y cada vez ha sido más así) entre blancos no españoles y criollos ya muy mestizados.

El siglo XX, que ya se acaba, ha seguido siendo un período de fuertes movimientos migratorios hacia y desde AL.

– Hacia AL, se incrementaron los contingentes de españoles después de la guerra civil en defensa de la república, de franceses después de la guerra de descolonización de Argelia, de sirios y árabes del Próximo Oriente con motivo del descalabro progresivo de la región, de japoneses con diferentes destinos pero muy especialmente hacia Brasil antes y después de la Primera Guerra Mundial.

– Desde AL, y éste es un fenómeno nuevo y espectacular, ha surgido un vasto y complejo movimiento emigratorio, como consecuencia de la pobreza económica y de las dictaduras políticas: “latinos” en Estados Unidos, “sudakas” en España, “dekasegis” en Japón, figuran entre los colectivos de emigrantes latinoamericanos más importantes.

– En los años finales de este siglo XX, vuelven a activarse las migraciones hacia AL, con un marcado origen extra-europeo: norafricanos, mediorientales, coreanos, indios.

Así, las nuevas combinaciones que se siguen produciendo en nuestro continente nos muestran una compleja mezcla entre las raíces occidentales, las raíces mestizas ya afincadas en AL y nuevas raíces francamente no occidentales.

Lo menos que uno puede desear, ante una situación así, es el debilitamiento y hasta la muerte por extinción de todo mito de pureza racial (en sus dos versiones: el indigenismo... cuando es anti-blanco; y el blanquismo... que casi siempre deriva en racismo excluyente).

He recorrido muchos países del mundo en AL, Europa, África y Asia. Por gusto (de antropólogo) y por obligación (de exiliado político). Lo único que siempre he visto como algo claro, indiscutible, incontrovertible ha sido: la mezcla racial, las luces y sombras que de allí surgen. Si cualquiera de nosotros latinoamericanos observa su propia sangre, debajo de la apariencia blanca se ocultan mezclas que seguramente le hacen afirmar: ¡Soy mestizo! Por mi parte yo también digo: ¡Viva el mestizaje!

## II. Complejidad cultural: Otro nivel de mestizaje

Cada pueblo emigrante fue depositando en AL su propia tradición cultural: lenguas, religiones, músicas, caldos y fogones, artes del cuerpo y del espíritu, visiones de la relación humana y hasta del más allá. ¿Cómo llamarle a ese intenso y profundísimo intercambio?

El símil del “mosaico” cultural no sirve para mucho: aunque mantienen buena vecindad, las baldosas que componen el suelo de un patio o el fondo de una fuente andaluza están simplemente adosadas, apenas yuxtapuestas y conservan una indiferente independencia con cada vecina. Otra imagen, tan corriente en la antropología, la de la “sedimentación”, tampoco acaba de ser correcta: las capas geológicas que componen un terreno es cierto que están en contacto físico, pero la interpenetración es sumamente lenta y más de una vez estéril, por la presencia de obstáculos arcillosos o rocosos. En cambio, para calificar la situación cultural de AL, la UNESCO produjo desde los años 60 una mucho mejor definición, entendiendo a AL como “un continente mestizo”. La imagen es buena, ya que todo mestizaje implica fusión, intercambio de sangres, nacimiento de una vida nueva e inédita.

¿Y qué significa hablar de mestizaje cultural en el caso de AL? Significa básicamente la prolongación, en la vida y en las costumbres, del acoplamiento de sangres y de genes provocado por la unión sexual interracial. En efecto, por ser un continente multirracial, AL también acabó siendo un continente de extraordinaria complejidad cultural.

Es cierto e innegable (conviene insistir en ello) que en partes de AL coexisten culturas diferentes sin contagio, como consecuencia de la explotación y de la enorme distancia social provocada por aquella. Creo que podemos afirmar que, hasta el día de hoy, Perú por ejemplo sigue siendo una sociedad en la que indios y blancos coexisten en mundos y hasta en territorios muy distintos, observándose mutuamente con distancia y recelo, en un desencuentro que el paso de los siglos no ha hecho otra cosa que solidificar. Como sabemos, buena parte de tal diferendo tiene que ver con el hecho de que una minoría blanca ignora sistemáticamente los derechos históricos de los pueblos quechuas y aymaras, cuando no los más elementales derechos humanos.

Sin embargo, y dejando aparte el Altiplano andino, una situación sumamente corriente (quizá la más usual a pesar de la distancia que, insisto, genera la explotación social) ha sido la fusión cultural. Podemos pensar ahora en el caso del Paraguay. Constituye un ejemplo extremo de fusión étnica traducida en vasta interpenetración social y cultural. La evolución de la lengua guaraní (hablada por la casi totalidad de la población, en una situación de bilingüismo con el castellano pocas veces igualada en AL) es típica en este sentido: autónoma e impoluta hasta el siglo XVI, creciente y felizmente mezclada desde entonces, como lo dejan de manifiesto las canciones populares y la literatura de diversas épocas. Otro rasgo

típicamente paraguayo es el menor desarrollo del latifundismo, como consecuencia del temprano y sabio reparto de tierras resultante de las "reducciones" de los Jesuitas. Sin que finalmente falten elementos esenciales de la mentalidad social, como la forma de organizar la familia, las transacciones económicas o la sutil forma de interacción entre la cosmovisión tupí-guaraní y la religión católica. En todos estos casos, citados ahora en torno al Paraguay, lo que está en juego no son unas reivindicaciones de los indígenas contra los blancos sino la creación de múltiples redes de conexión, verdadera multiplicación de vasos comunicantes. El ejemplo de Paraguay brinda una imagen concreta y contundente de la profundidad que puede llegar a alcanzar el mestizaje cultural en AL.

Pero no es éste el único caso. La fusión, la interpenetración, ha llegado a ser una característica cultural muy latinoamericana.

A veces producto directo de la integración racial, religiosa, lingüística, como en el caso de la Umbanda. La Umbanda es una religión afro-brasileña en la que una arquitectura ritual estrictamente católica proporciona estructura ritual y simbólica a otras raíces religiosas tan potentes como el misticismo "haussa" y sudanés, el espiritismo de Alain Kardec, la "kábala" judía y ciertos elementos del totemismo amazónico pre-colombino. Los maestros franceses que guiaron mis pasos de joven investigador de la Umbanda solían repetir que Brasil, y AL entera, constituyen un auténtico laboratorio religioso, afirmación que en mi opinión puede extenderse a las otras esferas de la vida social.

Otras veces, la fusión de tradiciones y creencias, de mitos y utopías, de elementos sagrados y profanos es simple consecuencia de la creatividad cultural. Cambiando en apariencia totalmente de universo -aunque en realidad sigamos residiendo en la misma y única AL- el caso de Jorge Luis Borges nos da otra espléndida ilustración de la hipótesis que estoy defendiendo. Interrogado en cierta ocasión sobre como definir a la Argentina, el escritor afirmó que "la cultura argentina es la tradición universal", sentencia cuya paráfrasis ha dado título a este ensayo. Su obra y la de bastantes otros escritores y artistas (de Argentina y de otros países de nuestro continente) constituyen preciosas piezas de orfebrería, auténticos encajes de bolillos en los que múltiples y variados elementos culturales confluyen para dar vida a una nueva realidad, plenamente criolla y mestiza, plenamente cosmopolita y universal. La lectura de la obra de autores como Borges y tantos otros (estos días veraniegos vuelvo a leer con pasión al brasileño Jorge Amado) nos permite revivir a cada página nuestra condición de auténticos

latinoamericanos, al mismo tiempo provincianos y cosmopolitas, sin solución de continuidad.

Los procesos (tradicionales y modernos) de mestizaje cultural en AL hacen posible que nuestro continente pueda ser definido como un territorio peculiar, (geográfico y mental) que inventa su cultura en el acto mismo de apropiarse de múltiples tradiciones ajenas, tradiciones que dejan de ser extranjeras justo en el momento de pisar nuestro suelo.

Según mi propio sentir, la característica más central de nuestra idiosincracia latinoamericana acaso sea el genio de la apropiación, el afán del injerto, el ansia de asimilar lo que sólo por limitación, ignorancia o despiste aún nos era ajeno.

Muchas veces (y esto conviene no olvidarlo) dicha apropiación es dependiente, mimética, servil, vergonzante. Los ejemplos abundan y claman al cielo. Aquí va uno: tras la respetable sombra de Bolívar y San Martín, las jóvenes naciones latinoamericanas construyeron durante el siglo XIX vastos y complejos edificios legales, hechos de pura formalidad y huecos por dentro, como nos lo recuerda, muchas veces como una ironía hiriente, el estilo ortodoxamente francés del Congreso de la República Argentina, en Buenos Aires, o los brillantes códigos legales colombianos o venezolanos, en los cuales la audacia extrema de la pluma sólo puede compararse con la ineficacia rotunda de tantas declaraciones piadosas que no acaban superando el umbral de la palabrería. Un segundo ejemplo: el consumismo afiebrado e inmaduro de las élites actuales, que consiste en considerar que todo lo importado –electrodomésticos, sistemas filosóficos y hasta pretendientes para alguna hija casadera- es por definición superior a lo local.

Lo anterior no es todo. Sucede que otras veces, muchas otras veces, esa apropiación ha resultado por fortuna sumamente creativa. Uno de los ejemplos más convincentes que se me viene a la cabeza es el de movimientos de masas que han sabido incorporar, materializar, canalizar las expectativas y reivindicaciones de grandes mayorías postergadas. Desde Zapata a Allende, desde Sandino a Perón, Desde Haya de la Torre a Fidel Castro, desde las teorías de la dependencia a la teología de la liberación. Los grandes problemas de AL han sabido encontrar formas de integración mental y política masivas, con características que en muchos casos han significado avances concretos en las teorías tradicionales o en las formas organizativas. Naturalmente, la mención de todos estos nombres y especialidades está sujeta a fuerte polémica y a frecuente disensión entre nosotros y yo también me siento parte de tales discusiones. Pero lo que ahora quiero decir

se refiere solamente a una sorprendente capacidad creativa, que por supuesto siempre necesita renovarse y ajustarse, pero que nos hace potencialmente capaces para tomar en nuestras propias manos la solución de nuestros propios problemas.

A la luz de la lista de ejemplos y contraejemplos, urgente e incompleta, que acabo de presentar, queda claro que, si hablamos del mestizaje cultural en la actualidad, no solamente nos referimos al abrazo que se produjo entre las raíces precolombinas y las europeas, sino sobre todo a la mezcla de unos gérmenes ya criollos y mestizos con variadas y crecientes aportaciones extraoccidentales.

La situación actual es sumamente rica y al mismo tiempo bastante confusa y necesitada de clarificación. En tal sentido, entre otras tareas fundamentales para el desarrollo de una verdadera personalidad latinoamericana, yo propondría el acuerdo inmediato de condenar a muerte cualquier intento de alimentar mitos que pretendan establecer la homogeneidad (y mucho menos la pureza) cultural de nuestra AL. Fomentar el deseo de retorno a una incierta Edad de Oro precolombina en la que se habría logrado extirpar todo elemento corruptor posterior de origen europeo me parece un sueño febril e imposible. Así como me parece igualmente malsano el empeño (nunca abandonado del todo por algunos iluminados) de europeizar al máximo nuestro continente. El debate entre cierto indigenismo y cierto europeísmo (entre Arguedas y Vargas Llosa, para poner algunos nombres propios) se ha transformado en una cacofónica discusión de la que un creciente número de latinoamericanos huímos espantados. Recorrer a fondo AL significa encontrarse constantemente con injertos sorprendentes, con mezclas imprevistas, con aleaciones de metales antes inexistentes, con destilaciones de nuevos caldos, de nuevos vinos, de nuevas sangres y vidas. Personalmente desearía convertirme cada vez más en algo así como un vino añejo, de muchos soles, de muchas tierras, y por eso poseedor de un sabor complejo y fuerte. ¡Como muchos de mis compatriotas latinoamericanos, me complazco en mi condición de mestizo cultural!

### III. Complejidad de las estructuras económicas y sociales

La complejidad de nuestro continente se arraiga en última instancia en su pasado institucional. En este punto me veré forzado a ser sumamente escueto, para no transformar esta llana reflexión introductoria en un largo texto, impropio de

la ocasión.

Aunque sea por brevísima alusión, deseo sin embargo referirme al fracaso que en AL han sistemáticamente experimentado las copias miméticas y acrílicas de modos, modas y modelos venidos desde fuera. Y también quiero en consecuencia referirme a la necesidad de adentrarnos en nuevas observaciones y en nuevas rutas, modificando considerablemente nuestros puntos de vista sobre los medios aptos para alcanzar una plena democracia y un desarrollo realmente apetecible para todos.

La ya larga historia de AL deja un balance de luces y sombras. Sin caer en tremendismos, quisiera ahora referirme al relativo fracaso que ha experimentado Europa en AL, en la medida en que ciertos objetivos fundamentales, que a menudo se han dado por hechos, siguen formando parte de la carpeta de los proyectos históricos pendientes.

Fracasó inicialmente España en la medida en que no logró encontrar los argumentos y las fórmulas para mantener la unidad latinoamericana, unidad ésta que tanto la visión cultural como la económica y la estratégica sostienen desde hace mucho tiempo como una presuposición fundamental, si es que queremos entender bien a nuestro continente. Los procesos de la llamada independencia, a comienzos del siglo XIX, constituyen sin duda acontecimientos históricos relevantes y pasos firmes hacia adelante, pero al mismo tiempo señalan toda la impotencia continental para materializar lo que para muchos sigue siendo el objetivo más importante de todos: la formación de una gran nación latinoamericana.

Luego fracasó Europa en su intento por legar al nuevo mundo ciertas instituciones que, desde el siglo XVIII, cimentaron la modernidad. La revolución francesa que llegó a AL, en muchos casos no fue más que una música lejana y confusa, cuyos contenidos reales todavía se ignoran. Son variados los indicios de que en AL la modernidad constituye a menudo un proyecto globalmente pendiente: las instituciones legadas por la España de aquel entonces ya eran anacrónicas en el resto de Europa, cuando se produjeron el descubrimiento y la conquista. Y así, de barcos y galeones descendió una forma aristocrática y señorial de concebir y practicar las relaciones sociales, la costumbre de las relaciones serviles, el peso de un sistema administrativo superburocratizado y la necesidad de ostentar, de blandir, de asestar, verdades absolutas, ortodoxias rígidas, desconfiadas de la ciencia y del racionalismo triunfante en el resto del viejo continente. La Europa que nos visitó (y que se quedó entre nosotros) fue la de las relaciones de producción semif feudales,

la del estado carcomido por el papeleo, la coima y el favoritismo, y la de una iglesia vocacionalmente tridentina, y por eso a menudo incapaz de concebir y de estimular la libertad de pensamiento y el libre debate de las ideas.

Fracasó finalmente la revolución industrial en transmitir modos organizativos, tecnológicos y gerenciales capaces de generar la producción necesaria para la sobrevivencia y el crecimiento de la región. El subdesarrollo constituye un dato central del fracaso del industrialismo tradicional en AL. Lo que se ha dado en llamar primera y segunda revoluciones industriales constituye una dinámica que llegó tarde y mal a nuestro continente. Y ya han sido denunciadas con palmaria claridad las taras de un sistema productivo pensado, no para favorecer el desarrollo nacional, sino sobre todo para potenciar el enriquecimiento de los enclaves en los que prosperaron y siguen prosperando unas pocas multinacionales y ciertas grandes compañías.

La historia latinoamericana del siglo XX se halla profundamente marcada por una relación dependiente respecto del coloso del norte. Se podría aplicar al conjunto del continente aquel chascarrillo que corre en la patria de Juárez: "¡Pobre México! ¡Tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos!". El problema de Estados Unidos con AL, más allá de la explotación económica de todos conocida, ha sido lo que podemos llamar la tozuda "preocupación" norteamericana hacia AL. Desde comienzos de este siglo, los Estados Unidos ha demostrado sentirse responsable de nuestra región. Por razones estratégicas y económicas, Estados Unidos necesitó desde entonces que AL se conduzca de cierta manera, evolucione de cierta manera, sea en definitiva de cierta manera: la que mejor se acomoda a los planes globales de esta potencia universal. Con la complicidad y la fascinación de nuestras élites locales, nos convertimos (a menudo entre festejos) en el "patio trasero" de nuestro vecino, pasando a ser nuestros sus objetivos diplomáticos permanentes. Y como básicamente nunca hemos sido para Norteamérica otra cosa que un gran mercado y una zona de seguridad, aquellos objetivos fueron restrictivos y mezquinos: desarrollo sí, pero de una forma compatible con los intereses del gran hermano; democracia, sí, pero vigilada por la atenta mirada del Pentágono; modernización, claro, pero mucho más ligada al consumo que a la educación y a la maduración de las autonomías nacionales. En la actualidad, sin perjuicio de que haya personas más o menos "anti-yankis", colmo se suele decir, un sentimiento muy generalizado entre los latinoamericanos es que Estados Unidos no ha podido lograr los estrictos objetivos de control que sobre el subcontinente se

marcó y sigue necesitando. Y el reconocimiento de esa progresiva incapacidad marca la dimensión del fracaso norteamericano en AL.

A estos respectos, la situación actual de nuestro continente es la de una nación inconclusa, incompleta, que sigue teniendo por resolver el tema de su estructuración interna, más allá de la rápida proliferación de estados territoriales más o menos verosímiles. Tan grande es el fracaso de este "vaciado" del viejo mundo en el nuevo, que podemos preguntarnos si no es el mito de la hispanidad y hasta de la occidentalidad de AL el que se ha visto carcomido, cuestionado por los hechos mismos.

Lo cierto es que AL ya no mira con esperanzado anhelo al viejo mundo: lo trata de igual a igual, intentando por cierto mantener con él las relaciones más provechosas posibles. Se sigue mirando a Europa, que duda cabe, pero Europa ya ha dejado de ser reservorio de ideas, proyectos históricos y esquemas sociales. Europa es antes que nada la Unión Europea, un mercado, un bloque de intercambios. Los hechos señalan, asimismo, que ahora es sobre todo Europa la que mira hacia una AL que toma los nombres de diferentes procesos de integración económica regional: MERCOSUR, NAFTA, Pacto Andino...

AL sigue también mirando hacia Estados Unidos. ¿Qué remedio? Pero el entusiasmo y la ira (polares y complementarios) de otrora han sido cambiados por el desencanto y la mirada calculadora de un continente como el nuestro que ya no desea protección, padrinazgo, sino únicamente la mayor libertad posible para hacer con Norteamérica los tratos que a unos o a otros parezcan convenientes.

También sucede algo nuevo, a veces novísimo: AL comienza a mirar con atención y seriedad hacia su ladera oeste, es decir hacia el sudeste asiático. La experiencia histórica de Japón, luego de los Cuatro Tigres y ahora del arco de la ASEAN, está repleta de resultados interesantes que los países de AL quieren poder aquilatar a través del contacto directo y de una observación conducida por aquellas inquietudes e interrogantes que desde AL se consideran prioritarios:

- ¿Qué papel ha de jugar el estado en el esfuerzo desarrollista?;
- ¿De qué forma reestructurar el aparato productivo a fin de asegurar una dinámica de desarrollo sostenible?;
- ¿Cómo dinamizar a la sociedad civil, de forma de asegurar una mayor participación popular?;
- ¿Cómo potenciar una diplomacia de paz y cooperación internacional, acorde con las necesidades de una zona en crecimiento?

## Conclusión breve y provisoria...

AL sigue siendo un grandioso proyecto, un apasionante destino.

Muchas cosas de lo que los latinoamericanos queremos ser no están del todo claras. Por eso se produce hoy en día en nuestro continente un intenso debate.

Por una parte se va despejando el consenso en torno a algunas cosas que ya no deseamos ser.

— No deseamos ser, por ejemplo, una reserva de aborígenes miserables y atrasados, ofrecidos por los grandes operadores turísticos para espectáculo circense de las naciones ricas.

— Ni queremos tornarnos un coro de llorones históricos, al sentirnos solamente víctimas de avatares trágicos, por haber sido elegidos como colonias por el imperialismo blanco y occidental; o por no haber podido transformarnos en la Europa del nuevo mundo (con monarquía y todo).

— Y finalmente no está en los proyectos de los latinoamericanos más lúcidos seguir aceptando el mote de tribu de irresponsables, lúdicos y juguetones es cierto, pero a la postre postergados... quizá como consecuencia de nuestra complaciente inferioridad.

Al consuno del anterior rechazo se va extendiendo la convicción de que hay que repensar enteramente AL.

Repensar AL desde el cruce de dos ejes:

— El eje del desarrollo económico y de la justicia social. Persiguiendo la modernidad económica, cultural y teconológica, así como la creación de un modelo de desarrollo autosustentable.

— El eje de la tradición, de la historia. Redescubriendo a los grandes tótems continentales (de Bolívar a Gardel, pasando por Benito Juárez y Getulio Vargas) y reivindicando los necesarios particularismos.

Situarse en una perspectiva de esa índole supone el rechazo o la renuncia a dos formas de esquematización o de simplificación del concepto de AL:

— Renuncia a deleitarse en la contemplación de la pobreza folklórica, confundiendo tradición con explotación, y propia identidad con miseria.

— Renuncia a resignarse a aceptar el dualismo estructural de AL como un foso que separaría a la tradición de la modernidad, a la cultura clásica de las nuevas tecnologías.

Repensar a AL desde este prisma implica que nuestra propia identidad de latinoamericanos ha de apoyarse en una búsqueda doble y no contradictoria:

- Búsqueda de un modelo propio de desarrollo autosustentable.
- Búsqueda de una definición más fecunda de las relaciones entre el legado histórico y la dinámica mundial conocida como “globalización”.

Por lo que se ve, esta conclusión no hace más que enunciar a grandes trazos algunos puntos centrales de lo que, acaso, podría ser entendido como un programa de redefinición de AL.

Un programa para muchas personas, claro está, y para varias generaciones. Un proyecto digno de ser asumido por los pueblos de AL que quieran ocupar el lugar que les corresponde en la comunidad internacional de naciones.